



DIÒSES PÒR VÒLUNTAD

CARLOS LÓPEZ MÓRANTE

A mi hijo Carlos,
la prueba de que el amor y la alegría existen en el corazón de los hombres.

Capítulo 1. La génesis de la amistad y los edificios de colores.

"La voluntad construye y modifica. Es un poder silencioso que nace del interior de la mente y se organiza a través del cuerpo en actos voluntarios tremendamente poderosos, capaces de torcer aquel inextricable camino que se nos ha propuesto: el destino".

Suzainnee dejó de leer y apagó su asistente digital. Entonces, un zumbido sordo cortó el aire y, como un bloque de acero, Harel cayó a tierra. Clavó en ella su rodilla mientras sus brazos permanecían en cruz en una postura casi celestial. Sin levantar apenas la cabeza, el muchacho alzó la mirada y cerró con fuerza los ojos. De sus manos brotaron mágicamente dos potentes haces de luz. Miró a su izquierda y a su derecha casi en un único gesto, frunció el ceño y colocó las manos sobre el suelo dando un fuerte golpe con ellas. Después, flexionó ligeramente las piernas y comenzó a correr moviendo ambas extremidades como los émbolos de un motor que trabaja a toda potencia. En lo que dura un suspiro, desapareció...

Suzainnee cerró la esfera que la envolvía. El ensayo había concluido.

Harel apareció entonces de entre la penumbra y ambos se miraron. Una sonrisa cómplice iluminó sus caras y, como en otras ocasiones, decidieron no hacer ningún ruido y marcharse por caminos separados para no levantar sospechas.

A la mañana siguiente, Suzainnee acudió al laboratorio. La chica contaba ya trece años, pero nadie podía asegurar que los aparentase. Como en un paisaje brillante y templado de primavera, cada facción de su cara y cada curva de su cuerpo se acomodaban según el orden sublime que ordena la ley no escrita de la belleza. Suzainnee era una chica alta y de cuerpo estilizado; con una larga y preciosa cabellera rubia que ondeaba libre al viento. Al pasar por delante de las clases se recogió la melena con la mano, la pasó por encima de la nuca y la dejó caer de nuevo sobre el pecho. Un grupo de chicos charlaba en la entrada del aula principal y ninguno de ellos pudo librarse del mágico encanto que manaba del bellissimo rostro de la muchacha. Toro, el más atrevido de todos ellos, se volvió y la miró sin tapujos. Se quedó observándola fijamente, sin apartar la vista ni un solo instante. Suzainnee se dio cuenta y se ruborizó. Pero el muchacho mantuvo las pupilas clavadas en ella y fue recorriendo su rostro milímetro a milímetro. Primero se fijó en sus dos profundos e infinitos ojos azules, pues brillaban tan intensos en aquella soleada mañana como dos llamas ardientes de metileno. Bajo ellos nacía una pequeña y redondeada nariz; pulida, dulce, coqueta... Tan atrayente como sus labios: rojos, amplios y marcados, que fabricaban la sonrisa más encantadora que se pudiese imaginar. De su

barbilla, escasa y refinada, descendía su delicado cuello, adornado por una fina cadena de oro que se descolgaba con exquisita delicadeza hacia el nacimiento de sus incipientes pechos. Las delicadas manos de Suzainnee volaban ligeras sobre su estrecha cintura, ceñida por un ajustado pantalón vaquero.

Toro se separó del grupo de chicos y comenzó a seguir a Suzainnee muy de cerca y sin hacer ruido, como queriendo darle un susto. Pero ella ya lo había visto de reojo. Cuando atisbó que Toro distraía su mirada, frenó su paso en seco y el chicarrón la arrolló.

— ¡Ais! —dijo Toro, intentando desencajar su barbilla del hombro de Suzainnee.

— Si tuvieras más cuidado no molestarías —sentenció ella.

Toro era un muchacho fuerte, moreno y de cuerpo atlético. Su rostro era duro, de marcadas facciones, a las que se contraponían unos brillantes ojos verdes que relucían como dos grandes esmeraldas. De entre los dos recios mentones nacía una recia nariz de se descolgaba hasta el labio superior. A Toro le gustaba vestir camisetas que se ciñieran a su esbelto cuerpo y poder así presumir de físico ante los demás: era muy presuntuoso. De vez en cuando agitaba su melena hacia atrás en un gesto como de pasarela. Aquel día, el chico vestía una de sus camisetas preferidas, toda de rojo y con un carácter oriental de color blanco sobre el pecho, aunque nadie sabía lo que significaba.

— Hoy te veo especialmente guapa, “Suzi” —soltó con cierto retintín.

— ¡Insustancial! —replicó ella sin mirar y acelerando el paso.

— ¡Que no me hagas caso hace que nuestra relación sea mucho más interesante! —gritó el muchacho, al tiempo que clavaba sus puños sobre las caderas. Suzainnee se detuvo al instante, se giró y plantó cara a Toro. Apartó con el dedo índice su travieso flequillo rubio y colocó sus ojos a la misma altura que los del muchacho.

— ¡Escucha, torrezno chamuscado de mocos verdes...! ¡Me cansan tus comentarios de ridículo fanfarrón! ¡Procura no acercarte demasiado a mí o te arrepentirás!

Una ráfaga de viento frío se cruzó entre los dos. Toro aguantó el tipo como pudo mientras permanecía clavado como una columna de mármol. Suzainnee dio media vuelta y tomó rumbo hacia los laboratorios de astronomía.

— ¡Caramba! ¡Qué carácter! Lo nuestro se está deteriorando mucho. Creo que tengo que invitarle a algo dulce...

Toro se arregló la camiseta, meneó la melena de nuevo y volvió con el grupo.

Era mediodía y el calor comenzaba a apretar. Como todos los veranos, los estudiantes más aventajados de la zona acudían a un campus científico al que también eran invitados alumnos con similares aficiones y que provenían de otros colegios del país.

El Kite Campus era una prestigiosa escuela dedicada al estudio y a la investigación. Al contrario de lo que se pudiera pensar, no se trataba únicamente de un centro para superdotados; su objetivo era que los alumnos con ciertas inquietudes científicas e intelectuales pudieran asistir a talleres especializados durante la época estival. El Kite Campus pertenecía a una de las familias más pudientes de la comarca. La familia Kite gozaba de excelente reputación en todo el país. Todo el complejo era una construcción mágica, pues estaba edificado en lo alto de una gran montaña, al sur de la provincia. Desde sus instalaciones se divisaba el mar, un mar tranquilo y azul que dormía en los brazos de una preciosa bahía.

El Campus estaba compuesto principalmente por cuatro edificios independientes y de igual tamaño, curvados en forma de semicírculo y pintado cada uno de ellos con un color: rojo, azul, verde y amarillo. Cada edificio cambiaba de posición regularmente, es decir, se movía según el experimento que así lo precisara. De esta forma, los cuatro edificios podían rotar siguiendo una circunferencia completa. Si el edificio azul, que estaba dedicado a la astronomía, acogía unas jornadas para la observación del espacio exterior, podía orientar su posición para conseguir una perfecta visión de la cúpula celeste. En otras ocasiones, el edificio rojo, destinado al estudio y tratamiento de las energías, rotaba acorde con la posición del sol y de la luna. El de color amarillo albergaba los laboratorios de investigación celular. Finalmente, en el de color verde se investigaban los procesos relacionados con el cerebro y el sistema nervioso central. Todo el complejo era simétrico en su diseño y estaba salpicado por extensas zonas de un césped verde y sano. Cada pocos metros emergían tenues y delgadas columnas de agua que se disolvían en el aire como géiseres. En verano, en caso de no soplar los vientos de poniente, la temperatura solía elevarse en exceso, pero todo aquel que accedía al complejo se quedaba literalmente boquiabierto cuando descubría que, al caminar por el exterior del campus, una esfera traslúcida lo acompañaba durante el paseo proporcionándole sombra y una agradable temperatura. El fenómeno de los “círculos de sombras” era una invención sorprendente: se basaba en una atmósfera artificial formada por múltiples células que proyectaban entre todas ellas una malla invisible, capaz de seguir al objeto mientras este se desplazaba.

La comunicación física entre los cuatro edificios se realizaba bajo tierra. Al pasear por la superficie del Campus, se podía ver todo el mundo interior del complejo gracias a un suelo especial que tornaba transparente cuando se pisaba sobre él. La presión ejercida sobre este suelo inteligente no solo lo hacía invisible, también generaba

energía y servía para conocer la localización y distribución de personas, coches, objetos... El Kite Campus era todo un ejemplo de armonía, diseño y eficiencia: el lugar perfecto para las mentes jóvenes más inquietas. Como la de Suzainnee, que ya estaba en uno de los laboratorios dispuesta a investigar.

—No sé qué hace este tipo aquí... —comentó la muchacha a su mejor amigo mientras dejaba la mochila sobre una de las mesas. Harel la miró y sonrió. El muchacho tenía unos grandes y sonrosados labios que dibujaban una sonrisa tan acogedora como embelesadora. Todo aquel que hablaba con él o simplemente lo observaba, no escapaba a su encanto; ni siquiera Suzainnee. El joven, de la misma edad que su amiga, era alto y gallardo. Sus cabellos rubios se erizaban traviosos hacia arriba, y de vez en cuando los alborotaba con la mano. Suzainnee revistió su ánimo con el calmo fulgor de los brillantes ojos azules de Harel.

—...me saca de quicio —continuó diciendo, esta vez un poco más calmada.

—No es precisamente un tipo muy listo. No sé por qué ha vuelto este año —contestó su amigo.

—Seguramente lo habrá invitado Julius. A veces no entiendo a Julius. No quiero reprocharle nada porque siempre nos ha ayudado... pero que traiga al Campus a gente de tal calaña no me acaba de gustar.

—Julius sabe lo que hace, aunque en ocasiones no lo entendamos. Confía en él.

—¡Totalmente! ¡Por supuesto! —afirmó ella con vehemencia—. No le puedo estar más agradecida. Siempre nos ha animado a continuar con nuestras investigaciones. Nuestros proyectos no tendrían sentido si no fuera por él.

—Recuerda lo que siempre nos dice...

—Sí, Harel. ¡Ilusión! Siempre hay que tener ilusión en lo que se hace. Si no, jamás conseguiríamos nada.

—Así es, Suzainnee. Y desde que te conozco pongo más ilusión en lo que hago...

—¡Tonto! —le cortó ella cariñosamente—. De no ser por ti no hubiese avanzado tanto en el estudio de mi don.

—Creo que estamos muy cerca de poder sacar mucho provecho de él, ¿no te parece? —preguntó Harel sin esconder una pizca de emoción.

—Desde luego. Y estoy dispuesta a concluir las investigaciones con éxito.

Las tarjetas que ambos llevaban colgadas en el pecho se iluminaron a la par. Los dos amigos se miraron con alegría, pues el acto de presentación del Campus de Verano estaba a punto de comenzar. Suzainnee cogió su tarjeta y colocó el pulgar sobre la pantalla inteligente. De aquella precisa pulsación nació una luz verde que iluminó todo el dispositivo de dentro hacia afuera. Con un simple deslizamiento del dedo, Suzainnee confirmó su asistencia y canceló la alerta. Harel hizo lo mismo.

—Por cierto —dijo Suzainnee—, he mirado la ficha de una visitante nueva que me ha llamado mucho la atención por sus destrezas, ¿quieres saber quién es?

—¡Claro! —respondió Harel.

Suzainnee buscó la fotografía en su archivo multimedia. Cuando la encontró, la desplazó con el dedo hacia los márgenes de la pantalla, en dirección a la tarjeta de Harel.

—Ya la tienes —aseveró.

Harel encendió su dispositivo y contempló la imagen. Arqueó levemente sus labios, como dando su aprobación.

—Se te cae la baba —aguijoneó Suzainnee.

—Es guapa. ¿Cómo se llama?

—Creo que su nombre es Thera. ¡Anda, démonos prisa o llegaremos tarde!

Ambos salieron del aula donde se encontraban. Mientras caminaban se miraron, sonrieron y apretaron el paso.

Capítulo 2. La presentación del Campus.

El sol descendía lentamente. Al tocar el horizonte, el grandioso astro se empapó de zumo de naranja y frutas tropicales, y la bahía se vistió de un precioso azul oscuro. Algunos pequeños veleros fueron entrando poco a poco en la ensenada y se distribuyeron dentro de ella. Las diminutas luces de sus farolillos parpadeaban al compás de la serena y oscura marea, hermana gemela de la cúpula celeste que en ella se reflejaba.

Pronto cayó la noche y la suave brisa del mar ascendió por el acantilado hasta llegar al Campus. Allí la esperaban los cuatro edificios de colores que se erguían con orgullo sobre la gran montaña. Con sus fachadas completamente iluminadas, hacían gala de una majestuosidad inigualable.

En el extremo oriental del Campus se hallaba el auditorio. Era un anfiteatro a cielo abierto y de grandes dimensiones, diseñado para albergar una gran cantidad de personas. Poco a poco, el auditorio se fue llenando por multitud de alumnos que iban acompañados de sus padres. El nutrido claustro de profesores fue ocupando sus asientos en torno a una gran mesa que presidía el escenario. Para algunas personalidades estaban reservados unos palcos especiales que flotaban en el aire alrededor de aquel escenario central tan inmenso. Sobre la tarima, el presidente de honor y propietario, el señor Kite, departía amigablemente con todos sus invitados y con el rector del Campus. El Señor Kite se dejaba ver poco en los actos públicos. Sin embargo, siempre llamaba la atención por su arrolladora personalidad. Era un hombre de mediana edad que había destacado desde muy joven en el mundo de la tecnología y las comunicaciones. En las conferencias y actos oficiales a los que estaba invitado, siempre presumía de contar con un excelente equipo humano que apostaba por la innovación. Kite peinaba ya algunas canas, aunque su rostro era el de un hombre joven: ni una sola arruga a floraba en él cuando sonreía. Sus grandes ojos marrones se abrían de par en par como los de un niño que muestra el fondo de su gran corazón. Era un hombre de exquisita educación y de una formalidad impecable. Sus movimientos, sencillos pero enérgicos, le permitían controlar perfectamente el espacio que ocupaba: nunca daba un paso más ni un paso menos. Se notaba que poseía un don de gentes; no solo con sus más allegados, sino con todo aquel que le estrechaba la mano por primera vez. Para aquella ocasión, el señor Kite vestía un elegante traje negro que combinaba con una camisa blanca de finas rayas. El pico de un pañuelo blanco de fina seda asomaba por el bolsillo superior de su chaqueta. Aquel traje, de tan estiloso corte, estilizaba la figura aún joven y musculosa del señor Kite, que andaba con paso firme sobre

la vistosa moqueta roja del gran escenario. Sobre ella, sus flamantes zapatos negros brillaban como dos relucientes soles.

Poco a poco, los últimos invitados al acto fueron uniéndose a él para saludarlo. Mientras Kite estrechaba manos y más manos, una especie de androide mecanizado se aproximó a él y le indicó que el acto estaba a punto de comenzar. Las luces del auditorio atenuaron lentamente su brillo, y tanto el público como las autoridades tomaron asiento. Los palcos flotantes ascendieron a media altura y un potente chorro de luz nació del techo abovedado para iluminar el gran escenario central. Algunos androides del anfiteatro superior terminaron de acomodar al público en sus asientos y se dispusieron de forma automática al final de la última línea de butacas. Uno de ellos se sentó justo al lado izquierdo de Harel. El muchacho escuchó cómo el robot emitía un leve zumbido mientras ordenaba a sus elementos hidráulicos entrar en reposo. Al volver la vista al auditorio, Harel observó que se desplegaba una enorme pantalla sobre la que se proyectó un vídeo de presentación.

Transcurridos unos minutos, la proyección finalizó y las luces se encendieron de nuevo. Un enorme anagrama de la Corporación Kite apareció entonces sobre la gigantesca pantalla y las cámaras de vídeo enfocaron un primer plano del Señor Kite, pues se disponía a dar la bienvenida a los asistentes.

—Señoras y Señores: bienvenidos un año más al Campus de la Corporación Kite. Quiero especialmente dar la bienvenida a todos los chicos y chicas que asisten un año más a nuestro prestigioso Campus, y quiero igualmente agradecer a sus padres la confianza que depositan en nuestra compañía, haciendo partícipes a sus hijos del impulso que la Corporación Kite quiere dar a sus inquietudes intelectuales y científicas...

El acto proseguía su curso. Kite comentaba los esfuerzos que realizaba su organización para fomentar la investigación. De repente, el androide sentado a la izquierda de Harel tembló levemente e hizo un intento de activación. Harel pensó que la máquina estaba recibiendo alguna actualización de software de forma inalámbrica y no dio mayor importancia al asunto. Suzainnee miró extrañada a su amigo, pero ambos volvieron la vista al frente y trataron de concentrarse de nuevo en el discurso del Señor Kite. Sin embargo, transcurridos unos segundos, el robot volvió a temblar y se reactivó finalmente. Se levantó del asiento y se dirigió hacia el interior del edificio. Solamente Harel y Suzainnee se percataron de aquello, ya que ambos habían llegado tarde y se habían sentado en las butacas más apartadas del último anfiteatro. Los dos jóvenes se miraron de nuevo muy extrañados; intuyeron que algo raro le sucedía a aquel robot, pues se trataba de un

androide de protocolo y su cometido principal era permanecer en el acto. Sin pronunciar palabra, se levantaron y decidieron seguirlo.

— ¡Tres, cero, uno! —gritó Suzainnee desde lo lejos.

El robot ni se inmutó y prosiguió su camino como si nada.

— ¡Caray, no responde! ¡ANDROIDE DE PROTOCOLO TRES, CERO, UNO!... ¡SOLICITO INSTRUCCIONES RECIENTES DE ACTUACIÓN! —insistió.

El androide aceleró su marcha y desapareció al girar una esquina, justo al final de uno de los pasillos. Harel se separó de Suzainnee y acertó por una puerta que se abría a su derecha. Ambos activaron un pequeño transmisor que llevaban colocado en el oído; un led de color azul así lo indicaba.

Suzainnee tomó el mismo camino que el androide. Al doblar la esquina vio que el pasillo estaba vacío; ni rastro del robot... La muchacha pasó la palma de su mano a unos centímetros del transmisor y este parpadeó.

— ¡Harel, no consigo verlo! ¡Ha desaparecido! Estoy en la zona de despachos. Esto es muy extraño.

— ¡Suzainnee, el área donde me encuentro ha perdido el suministro eléctrico! ¡Voy a activar la geolocalización en mi tarjeta! —respondió él por el transmisor.

Suzainnee cogió su tarjeta y la activó con el pulgar. Esta se iluminó y, justo en ese momento, se fue la luz y el pasillo se quedó a oscuras. Los datos de geolocalización que emitía la tarjeta de Suzainnee se proyectaban sobre su rostro y se entremezclaban con los rasgos de su cara. Una cara iluminada ahora por colores amarillos y blancos, y por un punto rojo que se desplazaba con rapidez. El punto rojo se detuvo y comenzó a emitir círculos concéntricos que se abrían hacia el exterior: era la posición de Harel. Suzainnee utilizó los dedos pulgar e índice para marcar una línea imaginaria desde su posición hasta la de su amigo. El programa indicó que entre ellos había una distancia aproximada de veinticinco metros en línea recta. Llegado el caso, podría activar su campo de energía e introducir a Harel en él. El iris de la muchacha se encogía y dilataba interpretando los datos. Levantó la vista al frente, pero todo estaba a oscuras. Incluso los rótulos de emergencia permanecían apagados. No podía creer que estuviese en situación de simulacro.

— ¡No estaba previsto un escenario de simulacro! —pensó desconcertada.

Una gota de sudor se deslizó lentamente sobre su rostro y cayó al suelo. La muchacha se pegó a la pared y agarró el pomo de una puerta que se hallaba a sus espaldas. Levantó el índice de su mano derecha y un punto de energía comenzó a abrirse

en él. En un movimiento relámpago, giró el pomo, empujó la puerta y extendió el dedo hacia la profundidad del despacho...

Nada más cruzar la puerta, la cúpula que había creado inundó por completo la estancia. Los ojos de Suzainnee permanecían fijos y su cara acomodaba un gesto de incontrolable nerviosismo... Al fondo del despacho, una silueta recortaba la penumbra, pero no parecía ser el androide que buscaban. Era la figura de un hombre de mediana estatura, de aproximadamente metro setenta de altura. Una espesa barba cubría su barbilla, en contraposición a una cabeza que parecía ausente de pelo. Ambos detalles llamaron poderosamente la atención de Suzainnee. La joven profirió un grito de sorpresa y la esfera que la envolvía se desintegró en el aire como una pompa de jabón. En aquel preciso momento se encendió la luz del despacho: el suministro eléctrico había vuelto. Suzainnee mantenía los ojos abiertos como platos mientras bajaba lentamente su mano. Su cara tornó ahora más relajada y comenzó a sonreír. Dejó caer la cabeza sobre el hombro y balanceó la cadera anclando a ella sus manos.

— ¡No me lo puedo creer! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó con un gesto mitad alegría, mitad sorpresa.

— ¡Hola "Suz"! —contestó el personaje desde el fondo mientras empujaba el puente de sus gafas con el dedo índice de la mano derecha.

— ¡Julius! —gritó ilusionada la chica.

— Querida, veo que mantienes tus sentidos alerta.

Suzainnee corrió hacia Julius y se fundió en un abrazo con él. Un largo y cálido abrazo que se mantuvo unos segundos en el tiempo. Ambos guardaron silencio y cruzaron sus miradas.

— Me alegro de volver a verte Suzainnee —dijo el maestro con cara sonriente.

— Julius, ¿qué manera es esta de presentarte? —le regañó ella cariñosamente.

Mientras ambos charlaban despreocupados, un fuerte chasquido cortó el aire y la luz volvió a apagarse. Julius agarró fuertemente del brazo a Suzainnee.

— ¡No te muevas! Creo que me están vigilando; incluso me están siguiendo...

— ¿Es una broma? —preguntó ella sin terminar de creérselo. Julius le tapó la boca repentinamente.

— ¡En absoluto! —susurró él.

Las pupilas de Suzainnee se dilataron como el diafragma de una cámara fotográfica. Sus cejas se arquearon hacia el cielo mientras su nariz y su boca permanecían ocultos bajo los grandes dedos de Julius.

—Debemos irnos. Confía en mí —dijo el profesor.

Suzainnee pensó por un momento en Harel y temió por él. Quiso advertir a Julius, pero él relajó la mano que cubría su boca e intentó tranquilizarla.

—Él está bien, confía en mí. Debemos irnos. No hay tiempo.

Mientras sujetaba a Suzainnee con su brazo izquierdo, Julius levantó rápidamente el derecho. Cerró completamente los ojos y dibujó en el aire un círculo de luz. Al instante, una burbuja tridimensional se abrió en el espacio y envolvió completamente a los dos en apenas unos segundos. Tras encogerse súbitamente, la esfera desapareció y se los llevó consigo.

La estancia permanecía a oscuras; reinaba un silencio sepulcral. Parecía que el tiempo se hubiera detenido, que la cúpula hubiese absorbido los minutos y segundos que antes ocupaban Suzainnee y su maestro. Mientras, millones de minúsculas partículas de polvo que flotaban invisibles en la habitación aparecieron de repente, iluminadas por un potente haz de luz que asomó por debajo de la puerta. Lentamente, las partículas comenzaron a bailar y a deslizarse por toboganes imaginarios, llevadas por vertiginosas corrientes de aire en un mar de silencio. Como si un niño hubiese golpeado el cristal de aquella imaginaria pecera, las partículas pararon de inmediato y se arremolinaron unas con otras, hasta que un potente chorro de aire entró por la rendija inferior y las lanzó hacia la penumbra... Un tremendo golpe retumbó en el aire y la puerta se abrió de par en par.

Harel entró como un toro salvaje en el despacho. Sus ojos se abrían como dos pozos negros en la soledad de aquel espacio. Escudriñó cada rincón de aquella oficina, cada pequeño escondrijo, pero enseguida se dio cuenta de que allí no había nadie. Agarró la tarjeta que colgaba de su pecho y la encendió; en ella tan solo se indicaba su posición.

—Suzainnee... —susurró desesperado.

El tiempo se había detenido y se hallaba perdido en medio de una oscuridad infinita.

Capítulo 3. Comprender las cosas no es siempre fácil.

Como en tierra y en tiempo de nadie, la burbuja de transporte apareció sobre una playa de arena blanca que acogía los últimos rayos de una preciosa luz crepuscular. La esfera liberó a sus pasajeros y se desvaneció después con un leve rumor.

Nada más tocar tierra, Suzainnee se derrumbó y clavó sus rodillas en la arena de la playa mientras miraba fijamente el horizonte. Hendió sus puños en el blanco y fino polvo, con el afán de atrapar aquella arena como si de su propio destino se tratase... pero los minúsculos granos se escurrían sin remedio entre sus dedos y volvían a esparcirse sobre la tierra madre, tan cobardes y escurridizos como el caprichoso pasado. Aquella playa se le antojaba el bulbo de un gran reloj de cristal que jamás se llenaba. Julius se había quedado detrás. Sabía que su discípula no comprendía nada de lo que estaba pasando, pero esperó sabiamente a que Suzainnee iniciará la conversación.

—Julius, ¿qué está pasando aquí? —le preguntó con la mirada aún al frente—. Jamás se me habría pasado por la cabeza todo lo que ha ocurrido.

Julius cogió aire y comenzó a hablar.

—Nos están siguiendo. Alguien sabe de nuestro potencial y está muy interesado en él.

Suzainnee volvió levemente la cabeza y miró al profesor.

—Pero nuestros poderes son buenos; no hacen daño a nadie. Únicamente los ocultamos para...

—...que no caigan en manos de aquellos que los utilizarían con otros propósitos —prosiguió Julius acabando la frase—. Mira Suzainnee, mi queridísima alumna: la investigación científica tiene, como todo en la vida, un mundo que la rodea: un mundo de sorpresas, de constancia, de trabajo y esfuerzo, de alegrías... pero también está muy influenciada por el espíritu del hombre, por sus miserias e incongruencias, por su maldad gratuita, por todo lo peor que puede esconder la raza humana... La bondad y el buen signo de los hombres no son siempre tan fáciles de hallar.

Julius se adelantó unos pasos, se puso a la altura de su discípula y, sin dejar de mirar el mar, prosiguió.

—¿Recuerdas cuándo comenzamos a trabajar juntos? —le preguntó mientras acicalaba su poblada barba.

—Sí profesor. Hace tres años. Fue un verano hermoso. Nuestro primer verano en el Campus. Lo recuerdo bien porque, además de conocerle a usted, también conocí a

Harel. Me impresionó su inteligencia, su forma de realizar los experimentos. Él hacía posible que yo viese la ciencia desde otro punto de vista, experimentando con técnicas nuevas que jamás imaginé...

Suzainnee pensó en su amigo y compañero por un instante... Una lágrima brotó de su ojo y se tiñó del azul infinito del mar. Mientras, el sol se escondía ya por el horizonte; comenzaba a anochecer. Entonces, la muchacha se vino abajo y comenzó a llorar desconsoladamente. Julius se acercó a ella y la recogió tiernamente en sus brazos, como un padre. Estuvieron callados un buen rato... pero, en el cálido abrazo de su maestro, Suzainnee percibió una calma y un presentimiento razonables que le decían que Harel se encontraba bien.

— Sé que él está bien, pero no sé por qué... —le confesó a Julius.

— Hay muchos lazos que os unen y que no habéis descubierto. Poseéis capacidades que aún desconocéis.

— ¿Cómo es posible esto? —preguntó Suzainnee.

— Porque cuando os conocí en el Campus, supe que erais especiales y que contabais con ciertas habilidades que podían ser claves.

— ¿A qué te refieres, maestro? No entiendo nada; ni siquiera qué hacemos en medio de esta playa de arena blanca.

— Escucha atentamente niña... Somos viajeros en el tiempo. Yo te he traído conmigo porque sé que ahora estás preparada para entenderlo. Lamentablemente, no he podido traer a Harel con nosotros, pero sé que él debe cumplir con su cometido, con su destino...

— ¿Qué destino? —preguntó Suzainnee sin comprender absolutamente nada.

— Ten paciencia. Te lo contaré todo...

Julius volvió a retomar la historia. En sus pupilas se dibujó un tiempo lejano...

— Todo comenzó cuando el Kite Campus era un proyecto de futuro. Un futuro prometedor y brillante, protagonizado por dos viejos amigos de universidad; dos compañeros que apostaban por la investigación; dos mentes privilegiadas que destacaban por su sabiduría. Ambos colaboraron juntos mucho tiempo, desde los primeros momentos. La personalidad de uno de los dos jóvenes era muy cercana; de bellos ideales y firmes convicciones morales que primaban a la ética y a la moral por encima de todo. Un joven apuesto, elegante, y con unas dotes para el mando aún por descubrir, pero que presagiaban un futuro prometedor.

—El señor Kite... —susurró Suzainnee mientras abría sus ojos como dos grandes ventanas.

—Así es, querida —confirmó Julius, volviendo su mirada hacia la de ella—. Un jovencísimo señor Kite en el esplendor de su juventud.

—Pero has mencionado a dos jóvenes amigos. ¿Quién era el compañero y amigo del señor Kite en aquellos años? ¿Alguien importante?

—Por aquel entonces ninguno de ellos era importante. Los dos colaboraban en una investigación que tenían entre manos. Ross era un joven serio, pero trabajador. Incluso en alguna ocasión me ofreció su ayuda en el desarrollo de las burbujas de tiempo. Tenía una cabeza envidiable, aunque a veces pecaba de impertinente y algo presumido...

—¿Ross? No me suena ese nombre.

—Ten paciencia. Te aseguro que lo sabrás todo. Afortunadamente contamos ahora con algo de tiempo. Quiero que mires allá arriba, sobre el acantilado...

El profesor apuntó con el dedo a la lejanía, donde la playa se perdía de vista. Entre la bruma se erguía un impresionante acantilado que desafiaba al mar y que derrotaba sin descanso a sus embravecidas olas. Cientos de gruesas y afiladas rocas yacían derruidas a sus pies como los mudos cadáveres de tan cruenta batalla. La joven volvió su cabeza hacia la posición que le indicaba Julius. Un último suspiro de luz permitía adivinar la silueta de un edificio.

—¡El Centro de Investigaciones! —gritó ilusionada. —¡Vamos! ¡Harel necesita nuestra ayuda!

El profesor la agarró por el brazo para impedir que echara a correr.

—¡Espera! ¡Harel no está allí!

Suzainnee intentó zafarse de su maestro. Marcó aquel acantilado con los ojos empapados de lágrimas; pero Julius la agarró con más fuerza esta vez.

—¡¡¡Suzainnee!!! ¡¡¡Te digo que Harel no está allí!!!

La chica se detuvo, paralizada por el miedo y la duda, y miró al profesor con extrañeza. No comprendía por qué Julius no corría junto a ella para buscar a Harel.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¡Necesita nuestra ayuda!

—Él no está allí ahora. Fíjate bien...

—Un momento... —rezó Suzainnee—, solo veo la pared exterior del edificio de color rojo que da al acantilado: el dedicado al estudio de las energías. ¿Dónde están los demás?

—Aún no se han construido.

— ¿Por qué? Pero...

— Estamos en otro tiempo, Suzainnee —contestó el profesor—. Te he traído a un lugar seguro, en un tiempo seguro; mis poderes me permiten viajar a través de él.

— Pero entonces, ¿Harel no existe y el Centro de Investigaciones tampoco?

— Existen, pero en el presente que abandonaste junto a mí. Harel está aún allí, en el Campus.

— Pero Harel estaba en peligro —insistió Suzainnee.

— En efecto. Lo estaba. Pero era necesario que tú y yo escapáramos. Sé que luchará para sobrevivir, y no tendrá más remedio que poner en práctica todos sus conocimientos y destrezas para lograrlo.

— Eso es cruel, Julius —le reprochó la joven.

— A tus ojos y en estas circunstancias comprendo que así te lo parezca —reconoció él.

— Pero, ¿quién nos atacó y quién puede poner en peligro la vida de Harel, allí en el presente?

— Aún no lo sé —contestó pensativo el profesor.

— Se trata sin duda de algo importante, ¿no es cierto? —preguntó la muchacha con algo de más calma e intentando asimilar la información que Julius le proporcionaba.

— Te aseguro que sí. Pero... subamos al Centro de Investigaciones. Iremos atando cabos por el camino.

Suzainnee no comprendía demasiado lo que estaba pasando. Sin embargo, se encontraba más tranquila después de charlar con Julius y decidió entonces dedicar todos sus esfuerzos a descubrir quién les había atacado y, sobre todo, a reencontrarse de nuevo con Harel.

Capítulo 4. Harel se las ve con un poderoso enemigo.

Harel salió de la habitación y comenzó a buscar a su amiga. Recorrió largos e infinitos pasillos completamente desorientado. En su camino abría compulsivamente todas las puertas de las oficinas, pero Suzainnee no estaba en ninguna de ellas. De repente, una tremenda detonación hizo temblar todo el edificio. Inmediatamente después se escucharon de fondo sonidos de disparos y muchas explosiones, entremezclados con espeluznantes gritos de personas y niños. Harel se puso entonces muy nervioso, pues no encontraba a su amiga por ninguna parte. Bajó por unas escaleras al piso inferior y se encontró con una amplia galería. Allí todo estaba lleno de humo y olía muy fuerte a quemado. Dio una patada a la primera puerta que encontró. Entró en un despacho que estaba completamente patas arriba, con docenas de papeles tirados por el suelo y fluorescentes de neón descolgados del techo. Harel permaneció unos segundos contemplando aquel impactante escenario mientras los chispazos de luz iluminaban a ráfagas aquel terrible desorden. ¿Dónde estaría Suzainnee? ¿Qué estaba sucediendo? Volvió a escuchar disparos, pero esta vez mucho más cerca. Miró al frente y vio que uno de los fluorescentes iluminaba parcialmente la sala. Cogió una silla, se subió en ella y propinó un buen codazo al tubo de luz: el despacho quedó completamente a oscuras. Buscó frenéticamente un lugar donde esconderse, así que arrastró una gran mesa de metal y se parapetó tras ella aguardando acontecimientos...

No se oía nada.

A los pocos segundos, un estruendo ensordecedor se oyó afuera, en el pasillo, a muy pocos metros de allí. Harel se frotó torpemente los ojos con el puño, aunque sin perder de vista la puerta del despacho. Los segundos pasaban lentos, muy lentos, y sus pensamientos resonaban dentro de su cabeza como cientos de bolas de acero en una caja de cristal. No había tiempo para cábalas ni tampoco para lamentos. Harel respiró profundamente y se preparó para lo que se le avecinaba...

La oscuridad era total.

No transcurrieron ni cinco segundos, cuando un rayo de color rojo intenso nació del fondo de la oscuridad y penetró en el despacho. Aquel punto de luz recorrió toda la habitación; analizaba cada ángulo, cada objeto, cada centímetro de superficie... Finalmente, el láser paró y se quedó fijo sobre la mesa tras la que escondía Harel... Unos interminables segundos después, Harel percibió un extraño sonido, parecido a un chasquido sordo... El joven reaccionó inmediatamente. Contrajo al máximo los músculos de sus piernas y dio un potente salto hacia arriba. Su cuerpo ascendió varios metros en el

aire y allí se mantuvo unos instantes, como si una cuerda invisible lo estuviera sujetando mágicamente. Harel observó a cámara lenta un misil que se dirigía velozmente hacia él. El cohete rasgaba la oscuridad y dejaba a su paso una gran estela de humo. El misil entró en la habitación y cruzó como una exhalación la sala. Harel sentía cómo era capaz de anticiparse a los acontecimientos: su cuerpo respondía con presteza y se adelantaba unos segundos al transcurrir de la acción. Sin embargo, ya nada podía evitar que el cohete explotara, y así lo hizo... La potente onda expansiva lanzó violentamente a Harel contra el techo. El golpe fue tan brutal que el muchacho traspasó la gruesa cubierta y quedó tendido en el suelo de la planta superior. La negra y espesa columna de humo salía a bocanadas por el tremendo boquete y pronto se extendió por todo el piso. Harel estaba aturdido y apenas podía respirar, pero procuró moverse rápidamente por si su enemigo volvía a la carga. Se arrastró hasta el borde del agujero; intentaba no respirar aquella apestosa humareda negra que lo inundaba todo. Se asomó por la abertura, muy despacio. Pero, antes de que pudiera ver nada, una gigantesca mano de metal apareció de repente por el agujero y lo agarró fuertemente del cuello. Harel sintió que aquella enorme tenaza le iba a destrozarse la garganta. Se aferró a ella con las dos manos e intentó abrirla con todas sus fuerzas, pero casi no podía respirar y sentía las órbitas de sus ojos a punto de reventar, como dos ollas a presión que ya no pueden resistir por más tiempo el terrible calor de las llamas que las castigan. Aunque su cuerpo permanecía aún pegado al suelo de la habitación, no podría mantener por mucho tiempo aquella postura. Si flaqueaba, su cuello se quebraría como un trozo de madera. Al límite de sus fuerzas, casi a punto de darse por vencido, Harel vio emerger un peculiar objeto: algo parecido a un casco metálico, pero sin rasgos o detalle alguno. Aquel inexpresivo cubo de metal se elevó finalmente hacia las alturas y apareció ante sus ojos el cuerpo de un robot gigante. Tan voluminoso era aquel mastodonte que arrancó de cuajo parte del suelo en su ascensión. Harel fue llevado en volandas hacia las alturas. Durante el ascenso, el joven observó que el grueso exoesqueleto de la máquina estaba labrado con un extraño y complejo bajo relieve, repleto de pequeñas estrías que giraban dando vueltas por todo su cuerpo. Los brazos del robot eran descomunales, formados por tubos y válvulas de diversas formas y tamaños que daban miedo con solo mirarlos. En el centro de su pecho tenía incrustado un cristal ovalado del tamaño de un puño que parpadeaba levemente emitiendo una luz azul ceniza. Sobre el fondo gris opaco de su cabeza se iluminó un juego de leds amarillos que surgían de los extremos y se unían en el centro. Aquello parecía ser una especie de boca: una gruesa

línea de luz que emitía unos extraños sonidos, similares a los fonemas humanos. La línea amarilla se estiraba y se encogía con cada sonido gutural.

— ¿Eres tú el líder? —preguntó el robot a Harel.

El joven estaba impresionado. ¿Quién habría construido tan magnífico robot? ¿Y quién era el líder al que se refería?

El gigante flotaba en el aire, propulsado por una constante fuente de energía que nacía bajo sus pies. En un heroico intento por zafarse del titán, Harel concentró toda la potencia en sus manos. Sabía que sus poderes no funcionaban si Suzainnee no estaba a su lado. Ella era la fuente, la generadora de los campos de energía que los estimulaban. Pero su amiga no estaba allí; y, aún peor, quizá estuviese muerta. Harel intentó controlar sus sentimientos para no venirse abajo. De improviso, la tristeza infinita que lo inundaba dio paso a una rabia incontenible; una ira furiosa y desenfrenada que le hizo maldecir a aquel condenado robot. Tanta furia contenida se desbordó finalmente y un grito desgarrador retumbó como un trueno en la cabeza del androide. Las manos de Harel se iluminaron tan intensamente que inundaron la estancia de una luz tan potente como la de una estrella. Del corazón de aquella resplandeciente energía nacieron dos tenues destellos que pronto tornaron en un naranja intenso. Sus manos se habían convertido en dos ardientes volcanes. El muchacho seguía agarrado al cuello de su enemigo, pero, poco a poco, sus recubrimientos, cables y todos los componentes hidráulicos comenzaron a chamuscarse por la acción del calor. El metal de su cabeza se fundió vertiginosamente. Tras unos intensos segundos, el bruto dejó de hacer fuerza y Harel cayó al suelo desde las alturas. A pesar de la dura caída, el muchacho se dio rápidamente la vuelta y observó que el robot aún permanecía en el aire. Sin embargo, la cabeza se estaba desprendiendo del torso. Unos instantes después, los propulsores del decapitado dejaron de funcionar y el gigante se vino abajo. Harel se encontraba en el final de su trayectoria de descenso...

Capítulo 5. Alguien inesperado aparece en escena.

El joven percibió de inmediato el peligro que se le venía encima. Si no se movía rápidamente de allí, sería aplastado sin remedio por el robot. Aunque estaba agotado y sentía un insoportable dolor en el cuello, su vida dependía de sus rápidos reflejos. Así, reunió las últimas fuerzas que le quedaban y rodó unos escasos metros sobre el piso. Justo un segundo después, la máquina cayó a su lado. Impactó tan violentamente contra el suelo que horadó un boquete de varios metros de profundidad. Su cuerpo se deshizo en miles de piezas que saltaron por los aires. La cabeza del gigante metálico se desprendió definitivamente y apareció a escasos metros de Harel. El joven propinó una buena patada a tan espantoso objeto y lo mandó dentro del agujero a descansar junto con su derrotado dueño. La cercana presencia del robot, tan muerto como humeante, produjo en Harel un seco escalofrío que recorrió todo su cuerpo...

Por fin respiró. Sintió que sus pulmones habían estado parados durante siglos y que por fin se ponían de nuevo en marcha. Liberó el suspiro más largo de su vida. Ni siquiera lo habría dado pensando en Suzainnee... ¿O quizá sí? De repente, se dio cuenta de que había derrotado al robot haciendo uso de sus propios poderes, y eso solamente habría sido posible si ella hubiese estado cerca. Su cara se iluminó y acogió una sonrisa de esperanza al acordarse de su amiga. Pensó en alto su nombre, y su recuerdo inundó aquella inmensa soledad: ¡Suzainnee...!

Se sentó un momento en el suelo e intentó comprender todo lo que estaba pasando: ¿Cómo era aquello posible? Él no era capaz de crear esferas de voluntad. Eran demasiados sucesos, tan ilógicos como incomprensibles: la desaparición de Suzainnee, el ataque de aquel monstruoso robot, la activación de sus poderes sin la presencia de su compañera... Todo era una terrible pesadilla.

Miró el reloj de su muñeca derecha: quedaban pocos minutos para las ocho de la tarde. En la habitación reinaba un silencio absoluto y no había suministro eléctrico. Pensó en que tan solo unas pocas horas atrás se encontraba tan feliz hablando con Suzainnee de los planes de futuro, y de lo contentos que estaban al investigar juntos de nuevo. Y ahora estaba allí, solo, con cientos de interrogantes punzando su cabeza como una lluvia de alfileres. Tenía que averiguar qué estaba sucediendo y, sobre todo, dónde estaba Suzainnee; no admitía que le hubiera pasado algo malo a su amiga.

Se levantó del suelo con determinación y decidió investigar el resto del Campus. Sentía una sensación extraña: ese calor característico que propiciaban las esferas de

voluntad de Suzainnee y que provocaban la ignición de su organismo. Levantó sus manos a la altura de la cintura, con las palmas hacia arriba, y poco a poco fue apareciendo sobre ellas un mar de llamas incandescentes que iluminaba la sala en un vaivén de traviesos destellos. Dentro de aquel mar de fuego vio surgir el rostro sonriente de Suzainnee y no pudo contener un ahogado llanto de desesperanza.

Pasaron apenas unos instantes y la imagen de Suzainnee desapareció entre las lenguas de fuego. El muchacho tuvo un presentimiento, la sensación de que no se hallaba solo. Un sexto sentido le indicaba que en aquel cuarto había otra persona que le observaba. Se quedó inmóvil, petrificado. No podría luchar de nuevo, estaba agotado, pero era cuestión de supervivencia. Esta vez no daría la menor oportunidad a su enemigo; era el momento oportuno para sorprenderlo con un ataque...

Aprovechó que el fuego aún ardía en sus manos y, dando un giro de ciento ochenta grados, lanzó una inmensa bola de fuego hacia la pared del fondo. Pero, antes de llegar a su destino, la esfera se disolvió inesperadamente en el aire.

—¡¡¡ESPERA!!! —gritó una voz tras la penumbra. ¡¡¡No me ataques, estoy contigo!!!

Harel no podía creer que una persona estuviese allí escondida...

—Casi me fríes... —volvió a hablar aquella voz femenina.

El joven acólito bajó sus manos aún incandescentes. La falta de luz le impedía ver unos pocos metros más allá. Fijó la vista sobre la negrura, apretó fuertemente los ojos y pensó enseguida en su amiga del alma.

—¡¡¡SUZAINNEE!!! ¡¡¡ERES TÚ!!! —gritó desesperado.

Pero aquella persona parecía jugar con él al ratón y al gato, pues no contestaba. Pasaron unos segundos, y Harel volvió a preguntar.

—¡¡¡Suz, ¿Te encuentras bien?!!! ¡Puedes salir! ¡Aquí no hay nadie! ¡He derrotado al robot gracias a ti...!

Finalmente, de detrás de uno de los mostradores, asomó tímidamente una cabeza. Harel chascó los dedos y de ellos brotó una pequeña llama que iluminó la estancia. Tras el baile de luces y sombras que se proyectaban al fondo de la habitación, apareció el cuerpo de una muchacha que se tapaba la cara con las manos. El pelo de aquella desconocida era negro como la noche; nada que ver con los dorados cabellos de Suzainnee. Nuestro amigo sintió que el corazón se le encogía como si alguien lo estuviese estrujando con la mano.

—Perdona, no soy quien has pronunciado. Mi nombre no es ese. Yo me llamo Katia, Katia Kenner. ¿Cómo puedes sostener fuego en tu mano sin quemarte?

Harel miró a la niña con profunda tristeza...

—¿No habrás visto por casualidad una chica alta y rubia? —preguntó abatido.

Katia negó con la cabeza, y torció los labios hacia un lado.

—No. ¿Es tu novia?

—Algo así. —contestó Harel valientemente.

—Si te sirvo yo... —dijo Katia con cierto descaro.

—No estoy para esas cosas, niña. ¿Cuántos años tienes?

—Once, pero en octubre cumplo doce. ¿Te valgo?

—Un poco cría para mí. Prefiero a mi compañera de trabajo... Oye, ¿de verdad que no la has visto? Estoy muy preocupado. Desapareció en el ataque y no la he vuelto a ver.

—Ya. Menudo lío se ha montado. Se han llevado a toda la gente en una especie de camiones, a no sé dónde. Los robots nos atacaron y obligaron a mis compañeros y a sus padres a meterse en aquellos vehículos. Yo me escondí en este despacho. Menos mal que no me han encontrado. Llevo aquí un buen rato y tengo un hambre...

—Ya. Yo también —reconoció Harel, mientras se palpaba la tripa con la mano.

—Oye, me tienes alucinada con el truco del fuego. Y he visto que te has cargado a ese asqueroso robot. ¿Cómo lo has hecho? ¿Me enseñas?

—Pues no lo entiendo, pero no debería contarte nada... —se ruborizó el muchacho.

—¿Por qué? ¿Es secreto?

—Digamos que sí. A ti no te importa —quiso terminar Harel con tanta pregunta impertinente.

—Bueno. Ya me enteraré de cómo lo haces. Me voy a buscar comida, ¿vienes?

—Oye, es peligroso andar por ahí, ¿hay alguien más contigo?

—No, a los demás nos les dio tiempo a escapar. Además, yo he venido sola al campus. Les dije a mis padres que este año me apetecía venir sola y ellos accedieron. Saco muy buenas notas ¿sabes?

—Ya...

—Oye, te las puedo enseñar, las tengo aquí en mi tableta. Un nueve y ocho dieces.

—¿También en educación física?

— ¡Desde luego! Mira qué cuerpo —respondió Katia girando sobre sí misma.

— ¡Jo! Solo faltaba encontrarme con esta muñeca de porcelana... —se lamentó.

En ese momento, Katia aprovechó la distracción del muchacho y le estampó un beso a traición en la mejilla.

— ¡Hey! ¡Estás loca! —gritó limpiándose la cara con la mano.

— Por ti...

— ¡Qué suelta te veo... con lo mocosa que eres!

— ¡Mocoso tú, cerilla andante!

— Pero bueno, ¿de verdad que no hay por aquí algo mejor que tú? Ahora entiendo que tus padres no quisieran acompañarte...

— ¡Qué gracioso eres! ¿Vienes o no?

— Bueno... vamos a dejar las cosas claras: si vamos juntos, tú me obedeces a mí que soy el mayor, ¿de acuerdo? A cambio te ofrezco protegerte con mis poderes, ¿o tú tienes poderes? —preguntó a la chica como no queriendo dar importancia al asunto, cuando realmente estaba intrigadísimo por averiguarlo.

— No tengo poderes, es cierto, pero a mí no me gusta que me manden.

— Pues es lo que hay —contestó muy resuelto Harel.

Katia se quedó un momento pensativa...

— De acuerdo. Pero me enseñas cómo haces fuego...

Harel pensó que quizá aquella niña le podría ayudar a encontrar a Suzainnee.

— Emmmm... Venga, de acuerdo. Pero no vuelvas a darme besos ni nada de eso, ¿vale?

— Bueno —sonrió Katia—. ¡Sígueme!

La niña dio media vuelta, pero Harel la agarró del brazo con una cara de cabreo impresionante.

— Vale, vale. Tú mandas... —aceptó ella.

Los dos salieron de aquel despacho en dirección a la cafetería del Campus. Necesitaban reponer energías antes de comenzar la búsqueda.

Capítulo 6. El poder de la voluntad.

Mientras tanto, Julius y Suzainnee se dirigieron a un aparcamiento cercano a la playa donde los depositó la burbuja del tiempo. Allí buscaron un coche que Julius tenía aparcado. Suzainnee miraba extrañada a su alrededor: todo le sonaba, pero era distinto. Julius se dio cuenta y sonrió mientras ponía el motor en marcha.

— ¿Raro, eh? — comentó al primer rugido de la máquina.

— Sí. Es como un sueño... como si volvieras a casa después de vacaciones y no pareciera la misma — contestó ella.

— Ya. No te preocupes... Te acostumbrarás. A mí también me pasó la primera vez.

— ¿Por qué suena tan raro el coche?

— Es de gasolina.

Suzainnee se quedó muy sorprendida.

— Pero ¿en qué año estamos? — preguntó.

— En el 2020. Todavía no se usa mucho el motor eléctrico.

— Pues vaya retraso que lleva el mundo ¿no?

Julius soltó una carcajada, pisó el embrague y metió la primera marcha. Salió del aparcamiento y tomó la primera curva a su derecha. Una señal indicaba que por allí se subía al distrito donde se hallaba el Campus. Dejaron a su izquierda una parada de autobús cuyo reloj marcaba las diez de la noche. En aquella noche tan perfecta, la ciudad aparecía bañada por una preciosa luz azul y blanca. Julius bajó su ventanilla y una brisa suave y deliciosa invadió el habitáculo del coche. Suzainnee percibió el aroma del mar, entremezclado con el cautivador perfume de cientos de flores que adornaban las calles. La arquitectura clásica de los edificios, de líneas antiguas y vivos colores, llamó mucho la atención de la joven viajera. Durante el ascenso por aquella carretera, Suzainnee enhebraba pensamientos con paisajes, recuerdos con lamentos... No sabía por dónde empezar a hablar con Julius.

— Maestro, ¿cómo vamos a volver al instante en el que nos separamos de Harel?

— Buena pregunta. Mis habilidades me permiten viajar en el tiempo, en eso no hay problema; puedo seleccionar interiormente el momento en el que quiero aparecer. Pero debo andarme con cuidado porque, así como el tiempo es relativamente seguro en ambos sentidos: pasado y futuro, también sé que el espacio es cambiante y puedo correr riesgos

si la esfera me deposita en lugares poco adecuados. Cuanto menor sea la distancia temporal entre salto y salto, más seguridad tendré de que el entorno físico haya evolucionado poco. Bueno, creo haberme explicado...

A Suzainnee siempre le costaba entender lo que decía Julius. Utilizaba palabras raras que ella no había oído en su vida y las mezclaba en unas frases largas que eran difíciles de comprender. Por eso, en algunas ocasiones, tenía que volver a explicar lo que había dicho Julius con su propio vocabulario para ver si era capaz de explicarse a sí misma lo que este le decía.

—Creo que sí... —balbuceó—. Quieres decir que nunca tienes la seguridad de llegar a un sitio adecuado por lo que pueda haber en él: tierra, agua, casas, etc.

—Así es.

—Pero maestro, ¿hasta dónde puedes viajar en el tiempo en ambos sentidos? ¿Es ilimitado el margen?

—No, en absoluto. Llega un momento en que el entorno se va oscureciendo según te desplazas con la esfera. Eso quiere decir que el tiempo es cambiante, está en constante movimiento, se "re-escribe" según nuestras acciones. No siempre puedo viajar al momento que deseo, es una ley natural.

—Entiendo —asintió ella—. Por eso es inútil viajar constantemente. Entonces, ¿qué vamos a hacer? ¿Por dónde empezamos?

—Lo primero es conocer cómo está la situación en el futuro. Pero ya me indagué en su momento y no tengo buenas noticias.

—¿Por qué? —preguntó Suzainnee.

—He viajado unos años adelante, posteriores al momento en el que te traje conmigo, y la situación es grave. Ross ha conseguido introducir en esferas de tiempo a poderosos robots armados. Hasta ahora no existía esa posibilidad, pues solo los humanos podían viajar en el tiempo tras crear "focus" especiales. Por el contrario, las máquinas no pueden desarrollar una conciencia y meditación capaces de generar estados mentales que les permitan invocar, como lo hacemos nosotros, poderes y habilidades. Además, solo la materia orgánica puede transportarse en esferas de tiempo... o por lo menos hasta ahora era así.

—Profesor, ¿de dónde nacen nuestras habilidades? ¿Por qué podemos crear esferas de tiempo y ayudar a otros a crear poderes, y por qué podemos desarrollar también los nuestros?

—Porque existe una ley no física de la que depende la creación del mundo y que es previa a todo lo que existe: la ley de la voluntad. Cuando sobrepasamos los límites de la imaginación, cuando deseamos cambiar realmente la realidad y el destino, cuando somos capaces de sacrificarnos para torcer el rumbo de los acontecimientos... solo entonces descubrimos que la voluntad llega a ser un poder que trasciende los límites de las barreras físicas y matemáticas, e incluso puede llegar a modificar la realidad, lo que vemos y tocamos. Pero solamente al sabio se le otorga esta posibilidad, pues cambiar el destino del mundo y de los hombres es tarea reservada a unos pocos. Si no se conoce bien, el mal uso de este don puede tener consecuencias terribles. Solo el sabio conoce el bien y el mal, y es capaz de distinguir la naturaleza de ambos extremos. La voluntad mueve la vida, la existencia de los seres vivos. Su profundo conocimiento y su dominio inclinará la balanza.

—Lo que no entiendo maestro es por qué hay gente tan mala que quiere cambiar el mundo y causar dolor a los demás —afirmó desesperanzada la chica.

—Porque el hombre es caprichoso y le atrae el poder. El poder corrompe, Suzainnee, no lo olvides. El equilibrio de fuerzas proporciona estabilidad y durabilidad. Aquel que cae bajo la corrupción del poder, provocará sufrimiento y destrucción.

Suzainnee comprendió la importancia de lo que Julius le decía. Pero faltaba saber la cuestión principal.

—Pero, maestro —prosiguió—, ¿por qué nos ataca Ross? ¿Qué es lo que quiere?

—Ross anhela un conocimiento que él no posee y que sí descubrió Adrian Kite, su antiguo amigo y compañero, cuando ambos trabajaban juntos en la Universidad. Quise explicártelo hace un rato en la playa, pero solo querías subir para salvar a Harel, cuando te mostré el Campus sobre el acantilado...

—Sí, es cierto. Desde entonces llevo dándole vueltas y no logro atar cabos... —confesó la chica.

—... el señor Kite —prosiguió Julius casi sin dejarla terminar— trabajaba por aquellos años en una serie de investigaciones sobre la virtualización del pensamiento en planos reales.

Suzainnee se quedó petrificada al oír aquella expresión. Giró la cabeza hacia Julius y le preguntó aturdida:

—¿Cómo?!

—Bueno, creo que te lo voy a expresar con otras palabras. ¿Recuerdas cuando Harel, tú y yo comenzamos a trabajar con los focus, el año pasado?

—Sí, claro. Antes de llegar ayer al Campus... bueno, en el futuro... precisamente antes de que nos atacaran. Harel y yo realizamos un ensayo de velocidad. He logrado ampliar mi campo de acción. He estado practicando durante todo el invierno.

—Bien, esa técnica que te enseñé el curso pasado es fruto de las investigaciones de Ross y del señor Kite. En realidad el mérito es de Kite. Pero antes de explicarte lo que Adrian Kite descubrió, he de contarte que por aquel entonces me hice muy amigo suyo en la Universidad. Nos conocimos en uno de los laboratorios. Yo había recibido una beca para estudiar la modificación molecular de tejidos vivos para su uso clínico. Ya sabes, tratamientos para curar algunos tipos de cáncer...

—Por supuesto —apuntó la chica con cierta ironía mientras Julius proseguía su discurso.

—De todas formas, lo que realmente me gustaba era investigar sobre cómo nos afecta el paso del tiempo a los seres vivos. Comencé a preguntarme si algún día el hombre podría desplazarse a través del tiempo dentro de espacios controlados, es decir, en cápsulas cerradas, controlando avances y retrocesos en determinados periodos temporales. Por supuesto que todo esto era alto secreto, pues manteníamos el desarrollo de estos proyectos paralelamente a los oficiales, que eran realmente los que estaban financiados.

—¡Qué interesante! —comentó Suzainnee—. Y por lo que veo, tus estudios dieron resultado...

Julius volvió la cabeza hacia Suzainnee y le regaló una sonrisa, mitad cariñosa mitad presumida.

—Pues sí, estoy muy orgulloso...

—Maestro —interrumpió ella—. Tú me has enseñado a crear esferas de voluntad en las que mi acólito puede desarrollar sus capacidades. Harel puede desplazarse a gran velocidad dentro de mis esferas, así como recrear el poder del fuego. Yo aún no he descubierto si poseo algún don más que el de proporcionar poder a Harel... ¿Eso quiere decir que yo no puedo desarrollar algún tipo de habilidad?

—En absoluto querida. Lo que pasa es que aún no te conoces lo suficiente. Hay alguna barrera en tu mente que te oculta otros poderes.

—Pero no soy consciente de ello —comentó aturdida la muchacha.

—Desde luego. Parece que esa barrera es muy fuerte y no se puede derribar así como así. Primero hay que descubrir qué es lo que la origina para poder eliminarla.

Suzainnee enmudeció y perdió su vista en el horizonte. Trató de averiguar qué era lo que le impedía conocerse lo suficiente a sí misma como para no poder desarrollar sus propias capacidades y poderes. Su mente se llenó de pensamientos confusos y un leve desasosiego perturbó su alma.

—Siento un pequeño desequilibrio, pero no sé a qué se debe... —reconoció bajando la cabeza.

—No te preocupes, lo descubrirás. Seguramente aún no es momento para ello. Pero no desesperes.

—Maestro, aún no has contestado a mi pregunta... —inquirió Suzainnee de nuevo, pues intentaba que Julius le explicase los motivos que Ross tenía para atacar.

—No te preocupes, lo sabrás en su momento. Intenta relajar ahora tu mente mientras llegamos al Centro de Investigación.

Maestro y discípula continuaron su ascenso por aquella carretera. Habían dejado atrás la zona residencial y se disponían a subir por una escarpada zona donde la carretera se retorció como una endiablada serpiente. Arriba, en la cumbre, se adivinaba el perfil del Centro de Investigación de Kite.

Se detuvieron en un semáforo que había cambiado a rojo. Julius bajó por completo la ventanilla y apoyó el brazo sobre ella. Miró a su izquierda. Desde allí podía contemplar toda la bahía. La luna dormía sobre un pacífico mar y las luces de las casas destellaban sobre él como un baño de brillante miel en un dulce croissant.

De repente, un breve flogonazo iluminó el retrovisor de Julius; aquello llamó inmediatamente su atención. El semáforo cambió a verde y el profesor se puso de nuevo en marcha. Un coche los seguía a cierta distancia. Extrañamente, el vehículo no se había desviado en la intersección anterior que conducía a las últimas viviendas, y esa carretera solo llevaba al Campus. Julius pisó el acelerador y salió disparado...

Capítulo 7. Cooperar es siempre bueno.

¿Cómo puede ser uno feliz si, además de haber perdido a tu amiga del alma, estás en medio de una terrible batalla acompañado por una niña maleducada y caprichosa? Esto era lo que se preguntaba Harel mientras bajaba por una amplia y medio derruida escalera, seguido de cerca por la irreverente Katia Kenner.

—Ten cuidado —advirtió a su compañera de viaje—. La escalera está muy dañada.

La chica no parecía hacer mucho caso, pues ni siquiera le miraba. El pobre Harel se deshacía por dentro de la desesperación.

Los dos jóvenes continuaron descendiendo muy despacio. Aunque los peldaños eran bastante amplios, era complicado mantener el equilibrio; sus pies bailoteaban constantemente entre decenas de piedras y cascotes. Harel levantó la mano derecha y Katia se detuvo al instante.

—Manténte quieta un momento —le ordenó en voz baja.

El muchacho se tumbó sobre el suelo y bajó una docena de escalones reptando como una serpiente. Justo antes del último tramo de escalera, se detuvo un momento en el descansillo. Desde aquella elevada posición, contempló una sala rectangular de espectaculares dimensiones. El restaurante se extendía centenares de metros a lo ancho y a lo largo, con paredes que podían medir casi diez metros de altura. Del techo nacían innumerables postes cilíndricos, asimétricos en su longitud y formados por una parte superior de brillante aluminio y una inferior de cristal blanco. Todos ellos dibujaban una especie de ola invertida, sinuosa y flotante, que parecía incluso agitarse en el aire. Una enigmática luz azul bañaba toda la sala, pues penetraba a través de unos grandes ventanales que nacían desde el mismo suelo y se elevaban recios hasta alcanzar la techumbre. En aquella noche de luna llena, el gigantesco salón parecía una gran pecera llena de agua. En su extremo opuesto discurría una suntuosa barra de mármol sobre la que dormían centenares de vasos y platos abandonados. A los pies del mostrador, una interminable hilera de asientos negros aguardaba firme, como un ejército de peones sobre un tablero de ajedrez. En medio de aquella sala no había mesa que no estuviese volteada o patas arriba; por allí parecía haber pasado un huracán. Sobre la moqueta azul cobalto se abrían cuatro enormes cráteres, fruto de otras tantas explosiones. Harel no había visto jamás un panorama tan desolador, e imaginó por un momento la difícil situación por la que

habían pasado sus compañeros. Mientras el pobre muchacho contemplaba aquel desastre, Katia asomó tímidamente la cabeza y la apoyó sobre su hombro derecho.

—¡KATIA, QUÉ SUSTO!

La niña no parecía extrañada ante tan sobrecogedor panorama. Al contrario, se levantó sin pronunciar palabra y comenzó a descender por la escalera sin importarle absolutamente nada. Harel quiso agarrarla por el tobillo, pero fue inútil: la pierna derecha de Katia se le escurrió literalmente de entre los dedos.

—¿Adónde vas, insensata? —le reprochó en voz baja mientras permanecía tumbado en el suelo.

La chica clavaba firmemente sus pasos escalón tras escalón, hasta que por fin pisó la moqueta azul del salón. Tomó camino del mostrador, al tiempo que apartaba con el pie algunas sillas y movía otras con la mano. Llegó hasta la barra y se sentó en uno de los taburetes. Un pastelillo de chocolate que reposaba solitario sobre uno de los platos fue el primer objetivo de la pobre niña que, desesperada y hambrienta, no podía aguantar aquel hambre atroz por más tiempo. Introdujo el pastel en su boca y lo engulló como un mendigo que no ha comido en varios días.

Harel aún permanecía arriba en el descansillo de la escalera, contemplando atónito la escena. De buena gana bajaba a darle dos azotes a aquella desobediente mocosa. Sin embargo, mientras maldecía su mala suerte, se percató de que al fondo del mostrador asomaba algo metálico que brillaba tímidamente. A Harel le dio un vuelco el corazón. Agarró la tarjeta que colgaba de su pecho y la colocó a la altura de sus ojos. Hizo sobre ella un movimiento circular y la pantalla se encendió. Un cuadro con datos numéricos se superponía a la imagen del fondo. Colocó sobre el display las puntas de los dedos y las abrió hacia afuera. El zoom de la cámara mostraba una mano de metal apoyada sobre el mostrador. Harel pensó que otro robot, parecido al que le había atacado a él, estaba ahora en disposición de arremeter contra su indefensa compañera.

El robot avanzó lentamente mientras se mantenía oculto tras la barra. Harel no lo dudó ni por un instante y comenzó a bajar por la escalera con mucho sigilo para no llamar su atención. La estrategia estaba clara: utilizar su súper velocidad, agarrar a Katia y salir huyendo de allí a toda prisa. Le quedaban por lo menos quince peldaños para llegar al suelo del restaurante. Mientras, la niña seguía entretenida con los pasteles, ajena a todo lo que le rodeaba. El muchacho creyó que aquel era el momento oportuno y se lanzó hacia Katia a toda velocidad. Pero cuál fue su sorpresa cuando comprobó que su carrera era como la de cualquier otro mortal; en ningún caso alcanzaba su súper velocidad.

—¡Lo que faltaba! —se lamentó —¡KATIA! ¡HAY UN ROBOT ESCONDIDO TRAS EL MOSTRADOR!

Sin prestar atención por donde pisaba, Harel tropezó con unas sillas y cayó dando dos volteretas. Katia volvió la vista hacia la sala, sobresaltada por todo aquel estropicio. Cuando vio a Harel rodar por el suelo, pensó que había sido alcanzado por algún disparo. La pobre muchacha tuvo miedo y se ocultó detrás de unas cajas. Sus pulmones parecían la caldera de una locomotora a punto de estallar. El robot se levantó y comenzó a andar. Harel gritó de nuevo mientras intentaba liberarse del amasijo de sillas que le impedía moverse.

—¡KATIA, SAL DE AHÍ!

La niña pensó que quizá era mejor saltar el mostrador y escapar. Así pues, cerró los ojos, tomó aire y cogió impulso. Cuando se disponía a dar el salto, se frenó en seco... Detrás de Harel, descolgándose por fuera de los ventanales, apareció por sorpresa otro androide de grandes dimensiones. Aquella especie de murciélago metálico colocó la mano sobre uno de los cristales y activó un potente ultrasonido que lo hizo reventar en mil pedazos. Inmediatamente, el robot penetró en la sala y comenzó a correr hacia Harel a toda velocidad. Cada zancada que daba hacía temblar todo el restaurante; parecía que el salón se fuese a resquebrajar por completo de un momento a otro. Harel sentía que se le descolocaban por dentro todas las entrañas. Sin embargo, no todo eran desgracias, pues, gracias a los temblores, el montón de sillas que lo tenía atrapado comenzó a desliarse poco a poco. Harel propinó unas cuantas patadas y pudo al fin liberarse. Se puso en pie y miró a sus espaldas... el robot se le echaba encima. Instintivamente, el muchacho levantó su mano derecha e hizo un gesto para invocar sus poderes... pero no ocurrió nada. Sencillamente, no funcionaban.

Como un guepardo, el robot se abalanzó sobre él y lo agarró fuertemente del cuello. Harel miró a su amiga e intentó gritar de nuevo su nombre, pero las manos del androide le infligían un dolor tan intenso que le era imposible hablar. Katia comenzó a llorar de rabia al ver cómo su amigo estaba a punto de morir a manos de aquella horrible máquina. La desazón y el cansancio que sentía por la constante mala fortuna le hicieron enfurecer tanto que cambió bruscamente el gesto, apretó los dientes y saltó el mostrador profiriendo terribles insultos contra el robot. Su compañero quería impedir que la chica se acercara, pero el gigante de metal lo tenía bien agarrado y no le dejaba respirar.

La paradoja del destino escribió entonces un inesperado capítulo en la historia de los dos jóvenes. Algo les unió por fin, aunque el vínculo fuese aquel terrible sentimiento

de ira que nacía fruto de tan desesperada situación. La caprichosa fortuna quiso colocar a ambos al borde del abismo, justo en el momento preciso en que se debe sobrevivir sin más, dejando de lado creencias, prejuicios o lamentos... Justo en el instante puro y verdadero en el que la esencia del ser humano deviene en una conducta radical, teñida de un instinto tan primitivo como el origen de la especie.

Aquel comportamiento de Katia hizo que Harel liberase también su ira. Abrió los brazos y los impulsó con inusitada fuerza hacia atrás, como queriendo quitarse de encima a su metálico adversario. Katia lanzó un último y feroz alarido. De repente, dos impresionantes alas de fuego emergieron de la espalda de Harel, se abrieron en el aire y se inflamaron por completo. En la deflagración, el robot salió despedido envuelto en llamas. A los pocos segundos, estalló violentamente y se deshizo en mil pedazos.

Cuando todo parecía haber acabado, uno de los miles de fragmentos del androide equivocó fatalmente su trayectoria y se dirigió hacia Katia como una bala. La chica cubrió instintivamente su cara con los brazos; aunque quizá era ya demasiado tarde...

Capítulo 8. Lo pequeño no tiene por qué ser insignificante.

Maestro y discípula comenzaron a descender la colina a gran velocidad. El aire penetraba con fuerza por las ventanillas y Suzainnee se agarraba con las dos manos al sillón del coche como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué pasa?! —preguntó a Julius.

—¡Nos están siguiendo! ¡No me gusta nada! —respondió él sin quitar ojo del retrovisor.

Aquella ladera de la montaña era muy pronunciada y la carretera serpenteaba constantemente de un lado a otro, como si hubiese sido abofeteada por una caprichosa mano. Cada curva tenía un precipicio como apellido.

Un volantazo. Otro derrape.

Suzainnee cerraba los ojos.

En la última curva, el coche se había aproximado tanto a la cuneta, que la chica se había visto prácticamente en el aire volando sobre los acantilados.

Otra curva más.

A Suzainnee le daba igual caer en manos de cualquier desconocido, fuese enemigo o no; solo quería que aquella pesadilla terminase de una vez.

Una desgastada barrera de piedra chilló al paso del vehículo. La sensación de descontrol atenazaba a Suzainnee cada vez más. Apretaba su cuerpo contra el sillón mientras se bamboleaba de un lado a otro como un vulgar tentetieso.

Por fin superaron el último giro, y Julius apretó a fondo el acelerador. El coche que los perseguía desapareció de los retrovisores.

No habían recorrido ni un par de kilómetros, cuando escucharon un fuerte ruido que provenía de una de las ruedas delanteras. Julius se quejó visiblemente por tal contrariedad pero decidió parar.

Llegaron a un repecho con un amplio arcén de arena. El profesor pisó a fondo el freno y el vehículo derrapó varios metros levantando una gran polvareda.

—¿Quién nos sigue? —preguntó Suzainnee muy asustada.

—No lo sé, quizá la misma persona que os tendió una emboscada a ti y a Harel en el acto de presentación —contestó él sin dejar de mirar los espejos.

—¿Era una trampa?

—Desde luego. Alguien quería apartaros de allí y utilizó un androide de protocolo para lograrlo.

—Ahora entiendo el comportamiento tan extraño del robot —dijo Suzainnee bajando la mirada.

—Espera aquí. He oído un ruido extraño en la rueda delantera. Este coche tiene ya unos cuantos años. Voy a mirar.

Julius se bajó del coche. Suzainnee aguardaba dentro sin dejar de mirar por los retrovisores. Era noche cerrada y el profesor había dejado las luces encendidas para poder ver algo en medio de la oscuridad. Se agachó y revisó el neumático derecho. Repasó con su mano toda su superficie, pero no encontró nada anormal. Luego se puso de pie, se apoyó sobre la aleta delantera y empujó hacia abajo con todas sus fuerzas. El coche inclinó el morro y volvió después a su posición sin hacer apenas ruido.

—Bien. Neumático y amortiguador correctos. A ver los del otro lado —se dijo a sí mismo mientras se quitaba la suciedad de las manos con dos enérgicas palmadas.

Se fue hacia el lado izquierdo del coche. Suzainnee miraba con preocupación a su maestro, pues sabía que el tiempo apremiaba. Pero él la tranquilizó con una sonrisa. Julius se agachó sobre el otro neumático y comenzó a repasarlo igualmente con la mano. Mientras lo revisaba, aprovechó para comprobar si aquel coche tan extraño aún seguía en la carretera. Asomó la cabeza para contemplar la calzada y no vio luces en la lejanía, pero no estaba tranquilo... Allí no había un alma. La luz de la luna apenas iluminaba la vegetación y aquella solitaria carretera se perdía a lo lejos, ocultándose tras la bruma que se levantaba desde los acantilados. Julius se dispuso a comprobar el segundo amortiguador. Al girarse, una persona apareció de repente de la nada y ocultó la luz del faro izquierdo con su cuerpo. El profesor se asustó tanto que cayó hacia atrás. Suzainnee salió disparada del coche.

—¡Pero si es un niño! —exclamó la chica mientras ayudaba a Julius a levantarse.

—¡Pero bueno! ¡Vaya susto me has dado, mozalbete! —dijo el profesor.

—¿Y qué? ¡Es que me he perdido, idiota! —contestó el chaval con voz firme.

—¿De dónde sales? ¡Y qué mal hablas! —le reprochó Julius, incorporándose por fin.

—He salido a dar un paseo con mi hermana y me he perdido. No sé dónde está.

—¿Un paseo a estas horas en medio de la montaña? Un poco tarde, ¿no? —El chaval se quedó pasmado sin nada que decir.

—Debemos irnos ya —dijo el maestro—. Aquí no estamos seguros. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Eprot.

—Eprot, ¿dónde vives?

—No sé, aquí cerca.

Julius y Suzainnee se miraron asombrados. Sin que tuvieran tiempo de hacer más preguntas al niño, un extraño ruido sonó a sus espaldas. El resplandor de dos potentes luces iluminó de repente los árboles y proyectó sus negras siluetas sobre la carretera. El potente motor de un coche rugió dos veces... Quizá se trataba del sospechoso vehículo que los había seguido. Pero aquello ya no tenía importancia, pues la máquina aceleró y se lanzó contra ellos a toda velocidad. Suzainnee se puso delante de Eprot con el propósito de proteger al niño con su cuerpo. Después subió el brazo, giró su mano y la abrió dando un golpe en el aire. Un arco de luz casi transparente nació de la nada y se extendió después en todas las direcciones. Los tres quedaron envueltos por la gran esfera.

—¡Julius! ¡Yo no tengo poderes, solo puedo ayudar a invocarlos! ¿Qué hacemos?

—¡No lo sé, decide tú! —dijo el profesor con pasmosa calma.

—¡Julius, no estoy para bromas! ¡Tienes que ayudarme!

Capítulo 9. Es el turno de una máquina asombrosa.

Cientos de piezas del robot volaban a su libre albedrío por el salón, pero solo uno de ellas tomó la trágica trayectoria hacia Katia. Justo unos segundos antes de que el fragmento impactara sobre la niña, dos gruesos brazos de metal aparecieron por detrás de ella y se cruzaron de abajo arriba por encima de su pecho. Aquellas portentosas extremidades se licuaron por arte de magia y se convirtieron en un compacto escudo con forma circular. El trozo de metal chocó violentamente contra la improvisada protección y se deshizo en cientos de diminutas puntas metálicas. Fue tal la velocidad a la que salieron despedidas, que se clavaron sobre el mármol del mostrador y lo hendieron sin piedad.

Katia sintió miedo. Se zafó de aquel extraño ser y corrió hacia Harel. Por fin se escondió tras el muchacho y asomó tímidamente la cabeza para ver si la máquina aún la seguía. Sin embargo, el artefacto continuaba firme en su sitio. A los pocos segundos, el gran escudo se deshizo y se transformó en los brazos de un prodigioso androide. Una vez recuperado su original aspecto, aquel ingenio mecánico mostró su extraña epidermis: una especie de malla brillante, formada por millones de diminutos puntos lumínicos que se entrecruzaban entre todos ellos. Todas aquellas microscópicas luminiscencias hacían que el androide irradiase un sereno manto de luz que se atenuaba y encendía cada pocos segundos. Tal efecto hacía creer que la máquina respirase; como si tuviera pulmones.

Pero el titán callaba mientras permanecía en un inquietante reposo. A pesar de su elevada estatura, no infundía ningún miedo a los dos amigos. Katia miraba aquella maravilla tecnológica sin creérselo aún. No sabía si era posible hablarle, pues en lo que se suponía su rostro no se adivinaban ni ojos ni boca. Antes de que la niña pronunciase palabra alguna, el robot intensificó el juego de luces que anidaban en la malla de su cabeza y creó dos preciosos ojos de luz que resplandecieron intermitentemente simulando un parpadeo humano.

—Tu compañero quizá necesite asistencia médica —dijo el androide mediante una curiosa boca que destellaba a cada sonido y que desaparecía cuando el robot callaba.

Katia miró a Harel y recogió cuidadosamente su cabeza entre las manos.

—¿Estás bien, nene? —le preguntó con una sonrisa.

—Sí, enana. Ayúdame a levantarme.

Katia agarró a Harel por debajo de las axilas y le ayudó a incorporarse. Cuando el chico se puso por fin en pie, contempló el majestuoso robot que había protegido a Katia.

—La verdad es que no sé por qué has salvado a este incordio... —dijo mirando a la niña—; pero te damos las gracias.

La muchacha le devolvió una traviesa mueca de burla.

—¡Me lo estoy pasando en grande! —gritó ella entusiasmada.

—¡Pues yo no opino lo mismo! —contestó Harel con cara de enfado— ¡Siempre estás haciendo lo que te da la gana! ¡Quedamos en que tú me seguías a mí y no hacías nada sin mi permiso! ¡Eres una desobediente, y me estoy cansando!

Katia torció la boca hacia un lado como no queriendo aceptar la reprimenda, pero a los pocos segundos admitió su culpa.

—Creo que tienes razón, perdona.

El robot miraba la escena callado y sin moverse.

—¡Por fin una disculpa! Pero yo no quiero disculpas... ¡Quiero hechos! En fin, supongo que tendré que tener paciencia y TÚ poner de tu parte.

Katia no contestó.

—Quien calla, otorga —sentenció él.

—¿Qué?

—Es un dicho. Aplícatelo... Bueno y con respeto a ti —dijo acercándose al robot—, ¿De dónde sales? ¡Has estado fabuloso! ¡Nunca había visto un androide tan avanzado!

—Gracias. El señor Kite pensó que necesitaríais ayuda.

—¿Quién es el señor Kite? —preguntó Katia.

—¡Tú, calla! —le ordenó Harel al instante—. Oye, androide...

—Repleh —contestó el robot.

—Vale, ya sabemos tu nombre. ¿Eres autónomo o de verdad estás al servicio de Kite?

—Él me ha enviado. Debemos salir de aquí; no tardarán en enviar más Erllik.

—¿Qué son? —preguntó Harel.

—Androides especiales de combate. Son peligrosos y rápidos.

—Pero nos han durado poco... —presumió Katia con gesto altivo.

—Estoy impresionado. No sé cómo habéis podido vencerlo—comentó Repleh.

—Yo tampoco. No sé por qué están fallando mis poderes. Además, llevamos unas horas explorando el Campus y no encontramos a nadie.

—Los Erllik atacaron y secuestraron a los demás alumnos —aclaró el robot.

—Bueno, yo venía de camino para incorporarme al Campus —contestó Katia—. Mis padres me apuntaron hace unos días. Yo creo que no quieren verme en una temporada.

—Por lo que parece, no encajas bien en ningún sitio. —apostilló Harel—. Pero esa no es la cuestión ahora. Si, como dice Repleh, pueden enviar más robots de combate, tenemos que salir del Campus enseguida. ¿Puedes transportarnos?

—Negativo. No dispongo de sistemas de transporte. Pero puedo ayudaros a salir de aquí. El Centro de Investigación es ahora un objetivo primario y este no es sitio seguro.

—Bien, guíanos hasta Kite.

—¡Seguidme! —contestó la máquina.

Capítulo 10. Un viaje inesperado.

El vehículo se dirigía a toda velocidad hacia Julius, Eprot y Suzainnee. La cúpula que los envolvía brillaba como una gran lámpara de cristal e iluminaba con su potente resplandor aquella zona del bosque.

Suzainnee sentía que estaba sola. Quizás Julius no estaba decidido a intervenir, así que tenía que pensar rápido y, sobre todo, actuar. Pero ella no tenía poderes. Aún no había logrado descubrir las habilidades necesarias que pudieran sacarles de aquella situación tan comprometida. Eprot, que hasta ese momento se escondía tímidamente detrás de Suzainnee, se revolvió y comenzó a gritar al coche:

— ¡Idiotaaaaaaaaa!

Suzainnee agarró al niño y le regañó:

— ¡Eprot! ¡Quédate detrás!

La máquina se les echaba encima, así que Julius tomó la decisión de intervenir. Agarró a Suzainnee, pues vio que ella tenía ya bien sujeto al bravucón infante, y comenzó a crear una esfera del tiempo. Cuando la esfera los envolvió, Eprot tuvo miedo y quiso salir corriendo: el pequeño percibió que algo malo estaba a punto de ocurrir. Suzainnee sabía que Julius intentaba transportarles y trató de impedir que el niño escapara... Pero fue en vano, pues el pequeño agitó con fuerza su cuerpo y, ayudándose también con las manos, se abrió paso empujando con fuerza a la chica. Cuando Suzainnee quiso poner remedio ya era demasiado tarde: Eprot había salido de la burbuja. La muchacha salió disparada para agarrar al endemoniado chiquillo, mientras Julius aumentaba el tamaño de la esfera, pero también ella se alejaba de su campo de acción sin conseguir alcanzar a Eprot.

El sabio profesor no quería perder a su alumna, así que, aun a sabiendas de que Eprot corría serio peligro, activó definitivamente el transporte: si no actuaba rápido, el coche los arrollaría sin remedio.

De repente, un desconocido surgió inesperadamente de la penumbra y se abalanzó sobre el profesor. Julius cayó al suelo. La esfera del tiempo se desplazó también con él y dejó de cubrir a su pupila. El viaje se había iniciado ya sin vuelta atrás... La esfera desapareció en un suspiro y se llevó con ella a Julius y a su misterioso atacante, lanzándolos en el tiempo hacia un destino desconocido...

— ¡¡¡JULIUS!!! —gritó desesperadamente Suzainnee.

Sin embargo, la muchacha reaccionó con gran determinación, pues el coche estaba a punto de atropellarles. Atrapó finalmente al pequeño Eprot y lo empujó con todas

sus fuerzas hacia un lado. Ella se aprovechó también de aquel impulso para saltar hacia el lado opuesto y logró esquivar al vehículo in extremis. El coche pasó de largo como una locomotora sin frenos. Suzainnee se volvió y vio que dentro del habitáculo no había nadie al volante. A los pocos segundos, chocó violentamente contra el de Julius, explotó y salió despedido envuelto completamente en llamas. Escupía por las ventanillas enormes llamaradas naranjas que se revolvían como inquietos demonios. Cruzó como un misil la carretera. Allí, una sólida barrera de piedra que protegía del acantilado parecía ser lo único capaz de frenarlo. Sin embargo, el coche destrozó la barrera y salió volando por el precipicio, convertido en una especie de llameante meteorito. Tras una interminable caída, se estampó sin remedio contra el mar. Allí apagó sus llamas y lentamente se fue hundiendo, engullido silenciosamente por las aguas, tragado por la inmensidad del océano...

Como si alguien hubiese accionado un interruptor, el ruido cesó y la noche recobró la calma y su mágico silencio.

Eprot se había dado un buen golpe y miraba a Suzainnee con cara de haber soñado la peor de las pesadillas. Ella se levantó y fue corriendo hacia el pequeño. Lo recogió tiernamente en su pecho, siguiendo su instinto maternal, mientras el coche de Julius continuaba ardiendo. El resplandor del fuego iluminaba a lengüetazos la minúscula carita de la criatura.

—Antes dijiste que tienes una hermana, ¿dónde está? —preguntó Suzainnee.

—No lo sé. La perdí cuando salimos de casa. Me despertó por la noche. Me dijo que quería enseñarme algo.

—Bueno, vamos a buscarla. Aquí no estamos seguros. ¿Recuerdas por dónde has venido?

—Creo que por allí... — señaló el niño hacia la montaña.

Capítulo 11. Comienza la persecución.

—Oye Repleh, ¿por qué no ha venido el señor Kite personalmente a buscarnos? Hay unas cuantas preguntas que me gustaría hacerle —preguntó Harel al androide.

—La seguridad del señor Kite es primordial. La escuela ha sufrido un ataque y se han activado los planes de evacuación. No estoy autorizado para proporcionarte más información; tan solo debo llevaros ante Kite.

—Yo quiero volver a casa —interrumpió Katia.

—Lo siento enana, ahora debemos ponernos a salvo. Quienes nos atacaron y se llevaron al resto de compañeros quieren ahora hacer lo mismo con nosotros... Y casi lo logran —contestó preocupado Harel.

—¡Yo no pinto nada en esto! —replicó ella muy enfadada.

—Si recuerdas, cuando nos encontramos hace unas horas, decidimos protegernos mutuamente. A mí me da igual si sigues sola tu camino, pero si vuelves a encontrarte con un Erllik no sobrevivirás ni treinta segundos. Yo he hecho todo lo posible para que me hagas caso, pero me he dado cuenta de que no trabajas en equipo, y me da pena porque juntos funcionamos muy bien.

Katia levantó la cabeza y sonrió tímidamente a Harel para devolverle el gesto cariñoso que acababa de tener con ella. Los dos se miraron durante un instante y hablaron en silencio. Fue entonces cuando Harel tuvo una extraña sensación, pues veía a Katia con otros ojos. Hasta ahora no había reparado en su rostro, en sus rasgos, ni siquiera había prestado atención a cómo era ella, a la ropa que vestía, a su manera de andar... Katia había cambiado de aspecto; ya no parecía la niña pequeña que había salido de casa con aquella docena de pecas que salpicaban graciosamente su nariz. Durante el combate se le había soltado el pelo, y una preciosa melena de color castaño claro se descolgaba hasta la medianía de su espalda. Un largo mechón cubría a ratos sus grandes ojos verdes; unos ojos que brillaban ahora con más intensidad que antes, como dos preciosas esmeraldas recién sacadas del agua. Bajo las finas mejillas, blancas como la porcelana, nacía una boca de labios gruesos y pronunciados, rojos como la sangre y perfilados mágicamente por un fino pincel. La niña escondía la inquietante premura de la adolescencia bajo una camisa blanca que se ceñía tímidamente a su cintura, y que se abría después hacia arriba como el envoltorio de un ramo de flores. Unas traviesas curvas, ocultas bajo un ajustado pantalón

vaquero, jugaban a atrapar las inocentes pupilas de Harel... Katia supo que el muchacho la miraba con otros ojos...

Aquellos momentos tan intensos fueron interrumpidos por un ruido de sirenas que se escuchó en la lejanía. Harel miró a Repleh buscando la respuesta a si debía preocuparle tal circunstancia.

—Debemos irnos. No deben encontrarnos aquí. Aún corremos peligro —afirmó el robot.

—Quizá debemos pedir su ayuda... —sugirió Harel.

—Ellos no tienen los medios para detener a quien os atacó. Corréis peligro aquí.

—Bien. Confiamos en ti. Espero no arrepentirme de la decisión.

—¡No hay tiempo que perder! ¡Los agentes llegarán de inmediato! ¡Seguidme!

Repleh entró en el restaurante, se acercó al mostrador y lo saltó con un breve pero enérgico impulso. Harel agarró a Katia por la cintura para subirla también y ella rodeó instintivamente con sus brazos el cuello del chico.

—Démonos prisa... —dijo mientras la aupaba, sin que los dos dejaran de mirarse ni un solo instante. La muchacha se puso de pie y dio un salto hasta la puerta que daba a las cocinas. Los primeros fogonazos rojos y azules iluminaron el exterior del Campus. Repleh entró también y caminó por un estrecho pasillo flanqueado por multitud de muebles metálicos. Los dos chicos lo seguían muy de cerca. Tan aprisa iban que, al torcer una esquina, Katia sacudió sin querer una enorme espumadera que colgaba de unas barras de aluminio. El utensilio se balanceó de un lado a otro como un péndulo y golpeó unos grandes cucharones que lo escoltaban. Al momento, todos los cachivaches comenzaron a chillar con gran escándalo. Repleh aceleró entonces el paso e invitó a los dos muchachos a seguirle con premura. Dos coches de policía entraron velozmente en la zona de aparcamiento y se detuvieron justo enfrente de las cristaleras del restaurante. Mientras las luces bicolors de las sirenas parpadeaban sin descanso, del interior de los vehículos se aparearon sendos agentes que echaron inmediatamente mano de sus armas. Los policías se aproximaron con cautela a las cristaleras y uno de ellos encendió una potente linterna. El oficial iluminó el interior de la sala y observó el estropicio de sillas y demás objetos que se esparcían por toda ella.

—¡Vaya desastre! Parece que algo ha explotado aquí —comentó a su compañero—. ¡Casi todo se ha fundido por el calor de la deflagración! ¡Qué peste a quemado!

—Debe haber sido una fuga de gas. Menos mal que no había nadie a estas horas. Anda, ve al coche patrulla e informa a Central para que manden a los bomberos; aún hace mucho calor aquí dentro y el fuego podría reavivarse.

—De acuerdo. Espera aquí.

Al rato, un tercer vehículo entró en el Campus. Se acercó hasta los dos coches patrulla y aparcó. De él bajaron tres personas que inmediatamente entablaron conversación con uno de los agentes. Su compañero se percató de tal circunstancia y fue también a interesarse por aquellos inesperados visitantes.

—Buenas noches agentes. Mi nombre es Kite, Adrian Kite. Soy el director de la Escuela. He sido avisado por mis guardias de seguridad y, al parecer, todo se ha debido a una explosión causada por una fuga de gas.

—Eso es justo lo que le estaba comentando a mi compañero... —comentó uno de los policías.

—Enviaremos una unidad de bomberos enseguida, señor Kite —se apresuró a decir el otro.

—No deben preocuparse. Un equipo de emergencia viene hacia aquí para hacerse cargo y controlar la situación. No es necesario alertar a los bomberos, pero se lo agradezco... Además, a estas horas, el restaurante y las cocinas estaban completamente vacíos, por lo que afortunadamente se trata solo de daños materiales. Agradezco su ayuda, pero no ha pasado nada.

Los dos policías cruzaron la mirada para ponerse de acuerdo sobre qué hacer.

—No nos supone ninguna molestia avisar a los bomberos... —insistió uno de ellos.

—No es necesario, créanme. Esto mismo nos pasó hace ya algunos años y, tal como hoy, cortamos el gas, limpiamos la zona, y todo quedó en un susto. En cualquier caso, les dejo mi tarjeta con mi teléfono personal por si desean contactar conmigo, pero les aseguro que no hay de qué preocuparse. Prefiero no alarmar innecesariamente a la comunidad, espero que lo comprendan...

Los dos agentes se miraron de nuevo.

—Por supuesto. —dijo finalmente uno de ellos—. Si necesita de la policía póngase en contacto a través del número habitual y pregunte por la inspectora Sanders; ella se encarga de este tipo de incidencias.

—Así lo haré. Gracias por venir.

Los agentes volvieron a sus coches y tomaron el camino hacia la salida. Según desaparecían por la puerta exterior, tres Erllik se descolgaron sigilosamente por la azotea y se plantaron frente a los tres hombres.

—¡Vosotros! ¡Enviad a los Erllik a que inspeccionen el Campus! ¡Debemos encontrar al muchacho alto y moreno! ¡Su poder ha aumentado y es capaz de responder a los ataques con contundencia!

—¡Al instante, señor Ross! —contestaron solícitos los secuaces.

Ross se desprendió de una careta de silicona que llevaba perfectamente adherida al rostro y sacó del bolsillo interior de su chaqueta unas curiosas gafas con los cristales tintados de un extraño color naranja. Al ponérselas, todo su semblante absorbió aquel reflejo anaranjado que parecía salir de los más profundos infiernos. Una pequeña y encorvada nariz sobresalía de entre unas tenebrosas oquedades que se hundían profundas en los mentones de su cara. En su cabeza no había pelo; como tampoco lo había en sus cejas ni en sus pestañas... Su silueta se reflejaba sobre el suelo como el perfil de un brujo que impone miedo y respeto a sus esbirros.

Los tres Erllik se adentraron en la cocina para buscar pistas sobre el camino tomado por los jóvenes. Ross se dirigió de nuevo a sus ayudantes.

—Es posible que hayan huido hacia los niveles subterráneos del Campus. El complejo es gigantesco. Debemos aniquilarlos a cualquier precio.

Capítulo 12. Educación con mano izquierda.

Era casi medianoche. El fuego había consumido el vehículo de Julius en un abrir y cerrar de ojos. Ahora tan solo quedaba su negro y chamuscado esqueleto del que brotaba una minúscula columna de humo que se elevaba hacia el cielo.

—He vuelto a perder a mi maestro... —se lamentó Suzainnee con los ojos clavados en el amasijo de hierros quemados.

—Yo también tengo un maestro, flipada—dijo Eprot mirando a la muchacha con sus grandes ojos azules.

—Pues con lo mal que hablas, no lo parece... —contestó ella alborotando el pelo del niño con la mano.

El chaval sonrió con su diminuta boca de mazapán mientras los finísimos pelos de su flequillo rubio retornaban lentamente a su sitio. El chiquillo, menudo como un paquete de chicles, aún quería acercarse al coche de Julius; pero Suzainnee lo tenía bien agarrado por el jersey a modo de improvisada correa. El enano se retorció sobre sí mismo como una peonza sin dejar de dar vueltas. De tanto tira y afloja, consiguió al fin soltarse, aunque cayó al suelo. Al intentar ponerse de pie, sus manos toparon con un objeto metálico.

—¡Un móvil! ¡He encontrado un móvil! —gritó alzando su trofeo. Pero Suzainnee le arrebató el tesoro sin darle tiempo a reaccionar.

—¡Dámelo, idiota! —dijo él con muy mal tono.

La chica levantó con presteza su mano y la estampó contra la nuca del nene.

—¡No paras quieto! ¡Pareces un bebé! Debería dejar que te acercaras al coche para que te achicharrases vivo... Y no vuelvas a soltar una palabrota, ¡Eso no se dice! ¿Es que no te han enseñado tus padres? ¡Te voy a dejar aquí para que te coman los lobos!

Eprot no parecía asustarse; más bien puso cara de pocos amigos. Suzainnee entendió que se trataba de un niño muy travieso, pero niño al fin y al cabo; así que trató de ganárselo por las buenas.

—Si me prometes que no vas a volver a insultarme, no te dejaré solo y podrás venir conmigo...

El pequeño reconsideró su actitud y relajó el gesto. Suzainnee creía tener la paciencia y el conocimiento suficientes para hacerse con él. Quizá Julius era un claro ejemplo de cómo había que tratar a los demás: "conseguirás más si te haces respetar, haciendo que el otro confíe en ti y haciéndole entender que debe respetarte por la confianza que ambos pactáis", decía. Y fue así cómo Suzainnee pretendía ganarse a Eprot: